

EDITORIAL

DE COSTA RICA

L. 1 ASO. 2000

S. I. B. D. I.

Esta edición de ESCENA llegará a los lectores cuando el año 1999 esté por acabar. Algunos creen que con él acabarán también el siglo XX y el segundo milenio de nuestra era. Otros piensan que tal acontecimiento ocurrirá al finalizar el año 2000. Con todo, la medianoche del 31 de diciembre próximo se ha convertido, desde ya, en un fetiche y, por lo mismo, en motivación y estímulo creativos.

Los fetiches, como bien se sabe, son objetos semióticos. El punto de vista religioso, especialmente el del animismo, los considera "*símbolos de energía divina captada, presente, utilizable*". Con esta perspectiva o sin ella, lo cierto es que los colectivos humanos los crean a manera de conjuro, llenándolos de contenido ideológico y, en el mismo movimiento, asignándoles poderes mágicos.

El objeto que se convierte en fetiche siempre tiene un referente que la conciencia colectiva considera "real". En este caso, es el supuesto fin de siglo y de milenio que se manifiesta, además, con un cambio total de las cifras que identifican los años: el uno y los tres nueves del año que acaba, se transforman en un dos y tres ceros. Asimismo, a esto se suma la percepción catastrofista del efecto que el cambio de cifras tendrá en los ordenadores (o computadoras) que fueron puestos en servicio con los dos últimos dígitos del año en que se están usando, sin prever las consecuencias de la llegada del 2000.

En el imaginario social, todo cambio es ominoso. Como en toda situación límite, los seres humanos hacen conscientes sus carencias y, con ellas, sus aprehensiones, temores y fobias. Esta condición de precariedad nutre los fantasmas de la incertidumbre y el desconsuelo por la fragilidad de la existencia humana. Lo desconocido y lo nuevo traen consigo una fuerte carga de desconfianza y desasosiego. Se crea un ambiente de situación límite, en el que las carencias adquieren una dimensión descomunal. El miedo se convierte en el principal ingrediente de los comportamientos sociales.

Sin embargo, el proceso tiene también un lado positivo. Estos climas sociales de percepción del límite de cualquier proceso poseen, también, una dosis de motivación creativa y, por tanto, artística.

Cuando esta edición de ESCENA empiece a circular, la ideología del temido fin de milenio estará llegando a su paroxismo. Es de desear que su carga de terror y desconcierto sea mínima, mientras que, por el contrario, sea mucho mayor la de estímulo para la creatividad y la de motivación artística. Así hará posible la respuesta más genuina de la expresión de la humanidad, la que brota de su capacidad de creación y proyecto vital; en suma, de producción estética en todos los lenguajes y códigos instituidos para ello.

La polémica está servida. De un lado, si es o no el año 2000 el comienzo de un siglo y un milenio nuevos, y, de otro, si los miedos del cambio tienen que ser o no destructivos.

ESCENA desea a sus amigos lectores que, con innovación o sin ella, el año 2000 les traiga paz, felicidad y bonanzas, y, por supuesto, un horizonte de mensajes artísticos renovados y estimulantes.

Gastón Gáinza
COMITÉ EDITORIAL